

VACCEA 2011 ANUARIO



Universidad de Valladolid Facultad de Filosofía y Letras
Centro de Estudios Vacceos "Federico Wattenberg"

Núm. 5 junio 2012

www.pintiavaccea.es

1 €

PINTIA CAMPAÑA XXII

EXCAVACIONES EN LAS RUEDAS Y
EN LOS FOSOS DE LAS QUINTANAS

PRODUCCIONES VACCEAS

LA CERÁMICA

CUÉLLAR

CIUDADES VACCEAS

LOS ASTURES

NUESTROS ANCESTROS

LOS TESOROS PRERROMANOS DE PALENCIA

PINTIA EN LA SENDA DEL DUERO





HOTEL LEONOR

CENTRO



*Sueña
y en Soria*

*Yo voy soñando caminos
de la tarde. ¡Las colinas
doradas, los verdes pinos,
las polvorientas encinas!...
¿Adónde el camino irá?
Yo voy cantando, viajero
a lo largo del sendero...*



24 HABITACIONES
*de las cuales 3 individuales
2 dobles con salón.*

*Restaurante.
Cafetería
Spa*



*Plaza Ramón y Cajal 5
42002 SORIA-(España)
Tel.: 975 239 303
E-mail: leonorcentro@hotel-leonor.es*

www.hotel-leonor.com

CENTRO DE ESTUDIOS VACCCEOS



FEDERICO WATTENBERG

EDITA

Centro de Estudios Vacceos "Federico Wattenberg" de la Universidad de Valladolid

DIRECTOR

Carlos Sanz Mínguez

COLABORADORES

Juan Manuel Carrascal Arranz
Carlos Jimeno Velasco

ILUSTRACIONES

Centro de Estudios Vacceos "Federico Wattenberg" y autores de los trabajos respectivos, salvo indicación expresa.

DISEÑO

Centro de Estudios Vacceos "Federico Wattenberg"

MAQUETACIÓN

Eva Laguna Escudero

PORTADA

Reconstrucción del aristócrata sexagenario de la tumba 28 de la necrópolis de Las Ruedas de *Pintia*, por Luis Pascual Repiso - CEVFW

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y PUBLICIDAD

Centro de Estudios Vacceos "Federico Wattenberg" y Asociación Cultural *Pintia*

IMPRESIÓN

OCHOA IMPRESORES / 975 233 827

TIRADA

20.000 ejemplares

DEPÓSITO LEGAL: VA 618-2012

ISBN: 978-84-7359-705-0

- 01 **Excavaciones en Pintia.** Campaña XXII de excavaciones arqueológicas en *Pintia* (Padilla de Duero/Peñafoel)
- 02 **Nuestros ancestros.** Los Astures
- 03 **Ciudades vacceas.** *Cuéllar*
- 04 **Producciones vacceas.** La cerámica
- 05 **Premios recibidos.** Un diez para diez
- 06 **Pintia proyecto docente**
- 07 **Los animales salvajes en el imaginario vacceo**
- 08 **Los tesoros prerromanos de Palencia**
- 09 **Pieza del año.** Reexcavando la tumba 185
- 10 **Pintia: en la senda del Duero**
- 11 **La otra mirada.** José Carlos Carballo
- 12 **Noticiero Vacceo**
- 13 **Humor Sansón**



PROYECTO PINTIA
Equipo de investigación 2011

Directores:

Carlos Sanz Mínguez, Profesor Titular de Prehistoria, Universidad de Valladolid
Fernando Romero Carnicero, Catedrático de Prehistoria, Universidad de Valladolid

Codirectores Excavación Arqueológica:

Roberto De Pablo Martínez
Cristina Górriz Gañán

Coordinadora

María Luisa García Mínguez, Presidenta de la Asociación Cultural Pintia

Becarios adscritos al Proyecto Pintia:

Daniel Morales
Álvaro Sanz García

Personal contratado

Francisca Maldonado Requena
Luis Pascual Repiso

Colaboradores:

Asociación Cultural Pintia
Ignacio Represa Bermejo
Carlos Santamarina
Carlos Jimeno Velasco
Amador García Rivas
Luis Alfonso Sanz Díez
Elvira Rodríguez Gutiérrez

Voluntariado pintiano

Alumnos participantes en la campaña de excavación XXII:

Michele Bittner	David Haynes	Gustavo Rodríguez
Alanna Brown	Conchi Hernández Mancha	Elvira Rodríguez Gutiérrez
Nikolaus Cox	Audrey Jaksich	Alaina Sawyer
Kaitlin Daniel	Patricia Mereniuk	Rebecca Sexton
Kirandeep Dhaliwal	Gabrielle Metcalf	Hayley Travis
William Doring	Jason Morris	Victoria Weaver
Audree Espada	Ethan Ortega	Jingyi Zhang
Megan Golightly	Andrew Robinson	

Los tesoros prerromanos de Palencia



A la memoria de nuestro amigo Mariano del Amo de la Hera

INTRODUCCIÓN

Los tesoros prerromanos de la Península Ibérica, constituidos por joyas de oro y plata, además eventualmente de denarios, sólo rara vez han sido descubiertos durante trabajos arqueológicos. En efecto, casi siempre han mediado en su rescate prácticas agrícolas o excavaciones civiles cuando no expolios ilegales guiados por el uso de detectores de metal, lo cual justifica que apenas se conozcan sus contextos y que el estudioso se vea en dificultades para desentrañar las causas y las circunstancias de su ocultación. El de los atesoramientos es, en todo caso, un fenómeno constatado por igual en el ámbito de los pueblos ibéricos que en el territorio céltico y del que en la Meseta existen numerosos testimonios, caso de Arrabalde y de Padilla de Duero, en Zamora y Valladolid respectivamente (Delibes y Esparza, 1989).

En la primera mitad del siglo XX, tres de tales conjuntos fueron descubiertos en la ciudad de Palencia y sus alrededores, corriendo distintas suertes. Los bautizados como tesoros 1 y 2 se desvanecieron de inmediato en el mercado de antigüedades; y, en cuanto al tercero, se dividió en dos partes que fueron a parar a manos de sendos particulares. Un tanto milagrosamente, hoy se ha recuperado la pista de gran parte de aquellas joyas, que se custodian en sitios tan dispares como la Hispanic Society of America de Nueva York, el Museo Gómez Moreno de Granada, la Colección Calzadilla de Badajoz, el Museo Arqueológico Nacional y el Museo Provincial de Palencia, lugar este último donde —desde hace solo un año— se exhiben los dos lotes en que fue repartido el tesoro 3, hallado al construir el colegio de las Filipenses.

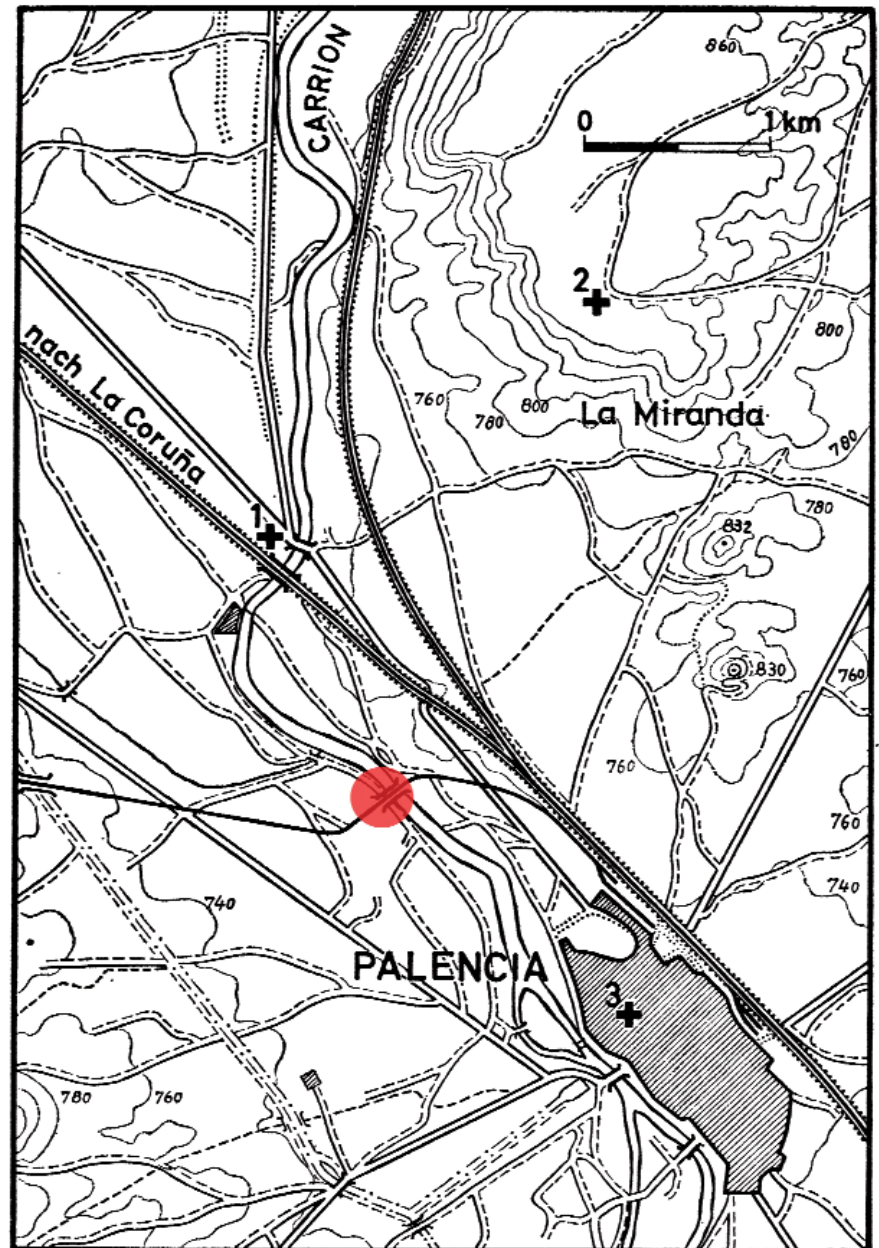
Con el presente trabajo se pretende devolver cierta actualidad a los tesoros palentinos, casi medio siglo después de que K. Raddatz (1969) los analizara en conjunto por primera y única vez¹. Y, además de destacar la originalidad formal de las joyas que los componen, en lo que también se incidirá, se pondrá especial énfasis en aclarar las circunstancias que rodearon a los hallazgos, muy confusas hasta ahora en el caso de los tesoros 1 y 2, y en plantear un escenario cronológico para las ocultaciones algo diferente del habitual.

LOS TESOROS: QUÉ, CÓMO Y CUANDO

Al fin y al cabo, estas son las preguntas pertinentes para contextualizar y ponderar cualquier hallazgo arqueológico. El trabajo y la fortuna se han unido en los últimos años y nos han ofrecido nuevos datos sobre el descubrimiento de esos antiguos hallazgos².

El tesoro 1 de Palencia debió aparecer en 1911, no en 1905 como decía Raddatz, probablemente el 30 de abril (como se puede deducir de una nota manuscrita en papel timbrado del Congreso de Diputados de Madrid, conservado en la Hispanic Society of America, y cuya letra es muy parecida a la de Francisco Simón Nieto), durante las obras de desmonte para el trazado del ferrocarril secundario que unía Palencia con Villalón de Campos, en la margen derecha del río Carrión a la altura del puente que se construía con tal motivo (Villegas 1957)³. Las joyas fueron adquiridas por Francisco Simón Nieto (Raddatz 1969: 232, Villegas 1957), manteniendo en su colección particular un torques (Cabré 1927: 279) que con posterioridad pasaría a la Colección Gómez-Moreno, y vendiendo el resto, no sabemos si todo, a unos anticuarios parisinos, los hermanos Feuardent, a quienes Archer Huntington, fundador de la Hispanic Society, se los compra el 8 de octubre de 1912 (Álamo 2008: 345). Las joyas se encontraron en el interior de una vasija de barro cuya boca tapaba el vaso cónico de plata que resultó agujereado por el cavador (Álamo 2008: 346).

Sobre cuántas y qué joyas constituían esta ocultación, poco podemos añadir a lo ya expuesto por Álamo (2008: 347-348) como no sean las referencias que María Simón de Rodríguez, hija de Simón Nieto, hizo al Coronel Villegas: “se componía de torques, brazaletes y una taza, todo de plata, más algún objeto de oro del que conserva un vago recuerdo de labor de trenzado”. Por un lado están los torques, brazaletes, “bagues en or” y cuenco de plata, dibujados en el papel con membrete de los hermanos Feuardent conservado en Palencia, que están en Nueva York, que totalizan 11 piezas (salvo las *bagues en or*, que no están identificadas, aunque pudieran corresponderse con alguna otra joya existente en la colección americana), y que parecen coincidir con los reseñados en la factura de compra del Sr. Huntington; y por otro lado se encontraría el resto de joyas (11) que conserva la Hispanic Society en cuyas fichas



Lugares de aparición de los tesoros de Palencia, según Raddatz. El punto rojo señala el lugar en que realmente apareció el tesoro 1.

Página anterior. Conjunto de joyas de Palencia 1 (cortesía de la Hispanic Society of America).

se reconoce que fueron también adquiridas en París en las mismas fechas por lo que probablemente pertenezcan al referido tesoro palentino. Álamo (2008: 348) sustrae de este conjunto palentino la fíbula anular y los adornos de pelo porque en las fichas del museo no figura su procedencia; pero teniendo en cuenta la dispersión casi exclusivamente palentina de los singulares broches rematados en esquematizadas cabezas de caballo, no nos resulta muy atrevido asegurar, al menos para estos últimos, su misma procedencia, restando valor a la hipótesis de dos tesoros distintos (Álamo 2008: 347).

En relación con el tesoro 2 de Palencia, también conocido como del Cerro de La Miranda, en los últimos años ha cobrado fuerza la teoría que situaba su aparición en el mismo lugar en que apareció el tesoro 3, el solar del colegio de las religiosas Filipenses, ya fuera como parte del mismo todo o como un atesoramiento independiente. Esta hipótesis, defendida por Luis Carlón, según confesión hecha a uno de nosotros (Gozalbes 1997: 290-292; Otero 2002: 269), se basaba en la concordancia de fechas, alrededor de 1956, de su ingreso en el MAN y de la aparición del tesoro de las Filipenses, en las oscuras y poco definidas



Torques del tesoro 2 durante su exposición temporal en el Museo de Palencia.

circunstancias del hallazgo, en la semejanza de piezas, y sobre todo en la coincidencia de cecas de las monedas de ambos atesoramientos. El planteamiento aún resultaba más verosímil teniendo en cuenta que el marchante que proporcionó al MAN las joyas del Cerro de La Miranda y la fíbula y el arete del tesoro de las Filipenses era el mismo, el anticuario cordobés Juan Rodríguez de Mora (Papi y Balmaseda, 2008). Sin embargo, es evidente que las fechas de entrada de los dos lotes en el MAN, expedientes 1955/65 y 1956/45, son anteriores al descubrimiento del tesoro 3, que se produce, según Villegas, a principios de agosto de 1956, lo que, como expuso Raddatz (1969: 232), redunda en la teoría de dos tesoros y de dos hallazgos distintos, cosa que actualmente estamos en condiciones de ratificar. Y es que, más de medio siglo después de producirse el descubrimiento de La Miranda, se nos ha presentado la oportunidad de entrevistarnos con un testigo de los hechos que, para mayor seguridad, alcanzó a contemplar el conjunto de joyas extendido sobre la mesa de su casa el mismo día del hallazgo.

El tesoro 2 de Palencia apareció a finales del verano o entrado el otoño de 1947 (Villegas 1957: 3), en un pozo (Almagro 1960b: 33) mientras se labraba el campo en el pago de Valdepero (Papi y Balmaseda 2008: 93-94), término municipal de Fuentes de Valdepero. Inmediatamente, el descubridor junto con el cura párroco del pueblo se desplazaron a Valladolid con la intención de vender el lote, ofreciéndolo, según información

oral reciente, a varias joyerías. Desconocemos el destino inmediato de las alhajas, pero lo que es evidente es que el conjunto se dividió, llegando a la colección Calzadilla de Badajoz un torques y un brazaletes espiraliforme. Debieron pasar unos años cuando un corredor de antigüedades vallisoletano, probablemente de Tordesillas (Papi y Balmaseda 2008: 94 y Barril 2002: 123), a medida que va consiguiendo los distintos lotes se los va vendiendo a Rodríguez Mora, el cual los irá proporcionando al MAN, dirigido, entonces, por Joaquín María de Navascués con quien mantenía una cierta amistad (Papi y Balmaseda 2008: 93). Con posterioridad, en enero de 1960, ingresarán en este Museo, mediante donación del coronel Villegas, una docena de denarios ibéricos que según él procedían del mismo hallazgo (Otero 2002: 269).

Así, pues, el tesoro del Cerro de la Miranda, cuya localización en el mapa de situación presentado por Raddatz coincide con la de las informaciones recientes, se encontraría compuesto por 11 torques de distinto tipo, 7 pulseras, 3 brazaletes espiraliformes y 12 denarios de plata. Esta lista, sin embargo, debería ser ampliada si damos por bueno el comentario de Almagro (1960b: 49) sobre la existencia de más denarios romanos e ibéricos que no llegaron al MAN. La aparición de monedas en este tesoro sigue planteando problemas, por cuanto la persona que vio el tesoro completo cuando tenía 21 años insiste en que no las había en el conjunto rescatado, y a cambio recuerda que “antes de la utili-

zación de tractores”, un pastor también de Fuentes, descubrió un buen lote de ellas en un punto muy próximo al del primer hallazgo⁴. ¿Pertenerían al hallazgo del pastor de Fuentes las monedas del coronel Villegas? ¿Podrían tales ocultaciones integrar un mismo tesoro, tal y como ocurre en el tesoro 3, en el que las joyas se encontraban en una olla y las monedas en otra vasija muy próxima, pero separada? O bien ¿se trata de ocultaciones diferentes que responden a momentos y motivaciones distintas? Probablemente nunca lo sabremos.

Para finalizar, otros detalles de indudable interés relativos al tesoro de joyas del Cerro de la Miranda. Las piezas, según el susodicho testimonio oral, aparecieron dentro de una vasija de cerámica y entre ellas figuraban dos cubos o prismas macizos de plata, de sección cuadrada y forma rectangular, de unos quince centímetros de alto y cinco de grueso que podrían ser lingotes. También se hace mención a “un pecho petral de un caballo”, según “nos dijeron los joyeros de Valladolid”, compuesto por “eslabones, cadenillas y pequeñas esquilillas de plata”, y a una “pillilla” de plata o cuenco abierto con el borde decorado. Con estos nuevos y sugerentes elementos podemos cerrar la composición del tesoro 2.

En lo que se refiera al tesoro 3 o , también, conocido como de Las Filipenses, la fecha, ubicación, contexto y circunstancias del hallazgo fueron conocidos desde un principio gracias a los meticulosos trabajos realizados por el Coronel Villegas, que por aquellos años colaboraba estrechamente con la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas, dirigida por Santa-Olalla, llegando a ser propuesto en 1955 como Comisario Local de Excavaciones aunque no llegara a ser nombrado (Pérez Rodríguez *et al. e.p.*). Sólo cinco meses después de la aparición del tesoro, “a primeros de agosto de 1956 ... al hacer la excavación del sótano ... del edificio destinado a colegio ... de las religiosas Filipenses de Palencia”, Villegas redactaría un informe mecanografiado con un importante repertorio de láminas, dibujos y fotografías de todo lo hallado que se conservaba en Palencia, puesto que ya fue consciente en ese momento que parte de lo encontrado había sido ocultado a los encargados de la obra (Villegas, 1957). Este trabajo es la fuente principal de información que manejó Raddatz para su libro de 1969; en él se reproduce, aunque algo esquematizada,



Joyas de Palencia 3 procedentes de la colección de las religiosas Filipenses (Fotografía: Museo de Palencia).

una lámina de Villegas en la que aparece perfectamente señalado el lugar del hallazgo, el colegio de las Filipenses en la calle Santo Domingo de Guzmán. El depósito yacía a tres metros de profundidad, bajo un importante nivel de cenizas, que ahora podemos calificar como romano. Las joyas aparecieron en el interior de una olla cerámica de mediano tamaño, mientras que las monedas, descubiertas al día siguiente, se encontraban dentro de una pequeña vasija cerámica con una original forma de botella biglobular; ambos recipientes habían sido realizados a torno y mostraban decoración geométrica pintada.

De todo lo encontrado, parte debió pasar al mercado de antigüedades, solamente llegando al MAN, a través del anticuario cordobés, ya conocido

por el tesoro 2, Rodríguez de Mora, una fíbula simétrica y una arracada lisa de oro. El resto fue conservado por la congregación de religiosas Filipenses y por el arquitecto de la obra L. Carlón. Actualmente ambos conjuntos se exponen en el Museo de Palencia presentando: 9 torques de diferentes tipos, diversos fragmentos que debieron pertenecer a 3 brazaletes espiraliformes, 5 pulseras y 1 fíbula simétrica, en plata, y 2 arracadas, una amorcillada y otra rematada en racimo, y 1 cadeneta rematada en manguito y anilla, en oro. Junto a ellas se exponen 45 denarios, 38 pertenecientes a la colección de las religiosas (1996/6) y 7 a la colección Carlón (2005/30), aunque el total de monedas del tesoro podría haber sido 55 (Gozalbes, 1997: 284-285).

UNA JOYERÍA DE INDUDABLE PERSONALIDAD

Las joyas de los tesoros palentinos sobrepasan en número ligeramente las seis decenas y, con raras excepciones, son los mismos adornos de tipo personal presentes en cualquier atesoramiento prerromano peninsular, esto es torques, brazaletes, pulseras, anillos, pendientes y fíbulas. Sin embargo, se trata de versiones singulares, con detalles formales y decorativos de suficiente personalidad como para deducir la existencia de una joyería específica, propia de un “grupo de la Meseta Norte” en palabras de Raddatz (1969: 20). Una joyería que, en virtud del recurso mayoritario a la plata en vez de al

Detalles de uno de los torques funiculares (Fotografía: J. Latova).



oro, no ha dudado en considerarse más afín a las producciones ibéricas que a las de la Cultura de los Castros del Noroeste peninsular.

En una valoración de conjunto de las joyas palentinas, los torques o collares rígidos, con casi treinta ejemplares, son las más numerosas y responden a dos grandes familias, la de los funiculares, constituidos por varios alambres torsionados, y la de los reducidos a una sola varilla. Entre los primeros, hay algunos que no desentonarían en cualquier tesoro ibérico del Alto Guadalquivir, como los más simples e, incluso, sendos ejemplares del tesoro 2 que se adornan en el centro respectivamente con un helenístico nudo de Hércules y con un sobrio “8”; sin embargo el predominio corresponde a dos tipos particulares, con “bucles” en un caso y rematados con bellotas en los extremos en otro. Aquellos, cuyo motivo se repite también en varios ejemplares de una sola varilla, presentan uno o tres de tales bucles a lo largo de su recorrido, y son prácticamente exclusivos de los tesoros palentinos, mientras que los segundos, con tres o cuatro alambres muy gruesos combados a modo de sogas, más el añadido de varios hilos trefilados torsos, resultan inconfundibles por su volumen, por su peso (les hay en Palencia 2 que llegan a pesar 700 gr) y por el detalle de ocultar sus extremos, anudados, bajo unas perillas o bellotas.

Ya en su día Cabré (1927) llamó la atención sobre la originalidad de este último modelo, que sintetizaba rasgos ibé-

ricos —las varillas torsionadas de plata— y propios de la orfebrería de la Cultura de los Castros del Noroeste —los remates en bellotas—, y el paso del tiempo no ha hecho sino confirmar que la dispersión del tipo se limita a la Submeseta Norte y, en rigor, casi solo a Palencia y Arrabalde (Cuesta *et al.* 2010: 407). Tal vez merezca la pena destacar, por cuanto refuerza la idea de una hibridación con la joyería castreña, básicamente de oro, la particularidad de que un voluminoso torque de plata de Palencia 1, en la Hispanic Society (en puridad no funicular sino de cadeneta o malla, pero de su mismo aire), presente perillas de oro, siendo, pues, bimetálico.

En todos los grandes tesoros prerromanos de la Meseta, no solo en los palentinos, abundan también pulseras y brazaletes. Estas últimas, sobre varilla de plata, abiertas, y de diseño entre circular y oval, suelen mostrar extremos cortados sobre los que se modelan cabezas de animales tan esquemáticas como para dudar de si corresponden a serpientes, a caballos o a verracos. No hay duda, empero, de que se trata de auténticos ofidios en aquellos pocos ejemplares, por ejemplo de Palencia 2, que muestran los extremos vueltos. En todo caso, se trata en general de objetos de no muy acusada personalidad que costaría trabajo distinguir de sus semejantes ibéricos de los tesoros del Alto Guadalquivir.

Esta impresión se invierte en el caso de los brazaletes espiraliformes, muy bien documentados —más de una

decena de ejemplares— en los tres tesoros de Palencia. Aquí la estructura es acinada y pueden llegar a tener una docena de espiras, de las que las centrales— un poco más estrechas y de sección lenticular— son lisas, mientras que las de los extremos ofrecen una recargada decoración geométrica, hecha a troquel, de triángulos rellenos de “grenetti”, de aspas, de ángulos y de circuitos. En algunos casos, por ejemplo, en una de las piezas de Palencia 2, los extremos rematan en cabezas de serpientes bastante naturalistas, remitiendo a objetos similares ibéricos, expresamente serpentiformes (Raddatz 1969: 128). Pero en la mayoría de los ejemplares el esquematismo y la geometrización de los motivos alcanza tales cotas que, de no ser por el testimonio de formas intermedias como las de Mogón, Santisteban del Puerto o Cheste, resultaría difícil buscar su fuente de inspiración en aquellas serpientes del todo realistas, con cabeza triangular en un extremo y cola en el otro, que adoptan la forma de brazaletes de varias vueltas en los ajuares helenísticos. Una vez más son, por tanto, recreaciones regionales, exclusivas por el momento del espacio vacceo (Palencia, Padilla) y astur meridional (Arrabalde).

Ya se deslizó antes un comentario sobre el predominio aplastante en nuestros tesoros de la plata respecto al oro, tanto en lo que concierne al número de joyas como, sobre todo, al peso. Pero ello no justificaría desentenderse de las piezas áureas, máxime cuando en casi todas ellas se rastrea esa personalísima impronta de la orfebrería del “Nordmeseta Gruppe” de Raddatz. Tienen cabida ahí, en efecto, ciertas arracadas o pendientes con decoración de racimo o espiga de los tesoros 1 y 3, cuya particularidad —más allá del esquema en creciente, de conocida ascendencia orientalizante— radica en la “filigrana al aire” de sus cuerpos fusiformes (Delibes *et al.* 1993: 435).

Pero si en el caso de estas joyas parece razonable hablar de *versiones locales*, en otros es preciso reconocer que se trata de auténticos modelos exclusivos de la también denominada “joyería celtibérica” (Delibes y Esparza, 1989). Sucede así, evidentemente, en el caso de un ceñidor de pelo de Palencia 1 que, pese a su simplicidad, no deja de reproducir el modelo archiconocido, rematado en cabecitas de caballo de crineras trenzadas, de La Morterona, en Saldaña (San Valero 1946). La situación se repite con la cadeneta de oro artísticamente

Cuadro resumen de la composición de los tres tesoros de Palencia.

	Tesoro 1	Tesoro 2	Tesoro 3
Torques	7	11	9
Funiculares	3	9	5
De junco único	3	2	4
De cadeneta	1		
Pulseras	3	7	5
Brazaletes espiraliformes	4	3	2 +1(dos remates de otro)
Arracadas	4		3
Fusiformes lisas	2		2
Rematadas en racimo	2		1
Cañidores de pelo	2		
Cadeneta de oro			1
Fibulas	2 (+1?)		2
Simétricas	1? (Jaén)		2 (1 oro, 1 plata)
Anulares	1		
La tène	1		
Vasijas	1	1?	
Monedas (denarios)		12 (+ otros?)	45 (55?)
“bagues en or”	2?		
Lingotes		2?	
Otros	1 olla cerámica	1 olla cerámica	1 olla cerámica 1 botella cerámica



Detalle de una de los brazaletes espiraliformes. (Fotografía: J. Latova).

tejida de Palencia 3, con sólo réplicas en los tesoros de Roa y Padilla 1, además, según todos los indicios, de en la necrópolis vacceo-romana de Eras del Bosque, en la propia capital palentina (Taracena 1947: 104). Y la relación se completa con una llamada de atención sobre dos tipos no menos originales de fíbulas: las de doble pie simétrico y las anulares con pie y arco amovibles. Entre las primeras, normalmente de plata y con los pies vueltos rematados en botones, cabe destacar un ejemplar fundido en oro de Palencia 3, hoy en el MAN (Almagro, 1960a), cuyos remates repiten los abultamientos piriformes que veíamos en los más gruesos torques funiculares. Bastaría este detalle para concluir su condición de joya meseteña, pero es que además su esquema —pese a cierta convergencia con fíbulas centroeuropeas latenienses— sólo tuvo aceptación en el centro de la Península Ibérica (Delibes *et al.* 1993: 433-434). Algo similar a lo que sucede con las pesadas fíbulas anulares, barrocammente decoradas con granulado, con filigrana y con botoncitos, como la depositada en la Hispanic Society que se sospecha formaba parte del tesoro 1 de Palencia, cuyos únicos paralelos en metales nobles se sitúan en Arrabalde 1 y en San Martín de Torres (Delibes, 2002).

Sólo una joya palentina del tesoro 1 —dos si se considera la pieza que, según el testimonio oral, obraba en el tesoro 2— escapa a la condición de adorno personal. Nos referimos a un cuenco parabólico o caliciforme de plata, cuyo borde presenta, al interior, una guirnalda floral o *kymatia* sobredorada que, como otras de la época baja

de la cultura ibérica, es producto de un lejano diálogo con el mundo griego (Jaeggi 2004: 50). En la Meseta, a diferencia de lo que ocurre en el ámbito ibérico (Raddatz 1969: 86ss), los recipientes argénteos son excepcionales y, a juzgar por el hecho de que los únicos otros dos conocidos —un vaso acampanado y un pequeño *simpulum* de Arrabalde I— forman parte de un mismo juego o servicio (Martín Valls 1990: 166), es probable se tratara de elementos litúrgicos de uso ceremonial.

Como ha habido oportunidad de comprobar, la personalidad de la mayor parte de las joyas presentes en nuestros tesoros es notoria y justifica la individualización de un estilo o forma de hacer propio de la Meseta, que en algún caso inclusive se ha propuesto asignar directamente al pueblo vacceo (Sanz y Romero, 2009). La argumentación nos parece un poco forzada (Cuesta *et al.* 2010), pero sin duda es cierto que quienes fabricaron las joyas de Palencia o eran orfebres indígenas, espontáneos depositarios de una estética vernácula, o se trataba de especialistas foráneos, itinerantes —como los fundidores prehistóricos en las teorías de V.G. Childe—, al servicio de unas elites que se habían tomado la molestia de instruirlos en sus gustos y símbolos. El resultado seguramente sería el mismo o muy parecido, y hay pocos argumentos para decantarse por una u otra posibilidad. Pero si alguna vez, a favor de la hipótesis de unos orfebres ambulantes, se ha invocado la existencia de escondrijos de chatarra, como el alcarreño de Drieves, en el que junto a una gran cantidad de recortes argén-

teos y de monedas asimismo de plata de muy diferentes cronologías, comparecen auténticos rúgulos de este metal (San Valero, 1945), no podemos pasar por alto el dato —recién recabado pese a los más de 60 años transcurridos desde el descubrimiento— de que también en el tesoro de Palencia 2 o del Cerro de la Miranda alternaban joyas y lingotes.

Otra pregunta pertinente es si torques, pulseras, pendientes y fíbulas eran adornos masculinos o femeninos. La atribución de los tesoros a individuos de un sexo concreto, como se ha hecho convincentemente a propósito del conjunto sevillano de Mairena del Alcor —el ajuar de una distinguida señora, según Fernández Gómez (1985)—, plantea en nuestro caso no pocos problemas. Los torques, por ejemplo, que eran símbolo de valor entre los celtas, por lo que su representación en los graníticos “guerreiros” lusitanos está plenamente justificada, no dejaban de ser también adornos comunes —en muchos casos el tipo funicular— de las damas ibéricas (Castro Pérez, 1998). Cabré (1934), asimismo, llamó la atención sobre la presencia de pendientes de oro en el ajuar de un guerrero vettón de la necrópolis de Chamartín de la Sierra. Y tampoco en el caso de los “coleteros” áureos rematados en cabecitas de caballo, tipo Saldaña, la asignación a un determinado género es clara, por más que algunas de sus réplicas en barro de la tumba 127b de la necrópolis vaccea de Las Ruedas, en Padilla de Duero, se acompañen de agujas de bronce normalmente atribuidas a mujeres (Romero y Sanz 2010: 456-7).

La auténtica realidad es que más allá de su atesoramiento y ocultación, del desgaste de uso reconocido en ciertas piezas, o del franco deterioro de otras, es muy poco lo que se sabe de la biografía de estas joyas, por lo cual se concede gran importancia a las marcas que aparecen sobre algunas de ellas. Las hay en piezas de los tres atesoramientos palentinos y son sencillos signos (aspas, ángulos, a modo de pisis y pis griegas, trácitos paralelos...) incisos o incusos. Una posible lectura es que fueran punzones de taller aunque, debido a su usura, parece una contradicción que los propios plateros que tanto esmero ponían en el acabado de las joyas las firmaran tan descuidadamente. También se ha valorado la posibilidad de que fueran marcas de propiedad, pero tropieza con el inconveniente de que los signos rara vez se repiten en los mismos con-

juntos, lo que, poco convincentemente, daría pie a pensar que cada tesoro estaba compuesto por joyas de muy diferentes propietarios. Pero la teoría más extendida, como habrá ocasión de ver, es que se trataba de convencionalismos metrológicos, alusivos al peso y a la ley del metal de cada joya (Delibes *et al.* 1993: 451-454).

APUNTES SOBRE EL VALOR DE LA RIQUEZA ACUMULADA EN LOS TESOROS DE PALENCIA

Ya hemos visto que, aunque el contenido es básicamente de plata, también hay alguna pequeña joya de oro. A título de ejemplo, en el tesoro 3 de Palencia los objetos de plata, incluidas las monedas, pesan alrededor de 1700 g y las de oro sólo 16. Sin embargo, como el precio de éste era en el siglo III a.C., de acuerdo con los cálculos de Crawford (1974: 626), ocho veces superior al de aquella, las joyas áureas debían representar algo así como el 7% —no el 1% como correspondería en peso— del valor total del tesoro.

Mayor interés para estimar el caudal de riqueza de que se está hablando tiene determinar el número de denarios que podrían haberse acuñado con la plata de los tesoros. El cálculo ha sido efectuado de nuevo para la plata del tesoro de Las Filipenses y el resultado es la nada despreciable cifra de 4500 denarios ibéricos, “cantidad que no alcanza ninguno de los tesoros monetales ibéricos conocidos” (Gozalbes 1997: 288). De ahí, dos interesantes deducciones: 1) que los vacceos más pudientes solo atesoraban una pequeña parte de su riqueza en moneda, lo que podría guardar relación con la célebre cita de Estrabón (III, 3, 7) alusiva a que los pueblos del cuadrante noroeste de Iberia practicaban aún el trueque y se servían para las operaciones correspondientes de láminas de plata recortada⁵; y 2) que los tesoros eran pequeñas fortunas personales o privadas, puesto que la idea, aplicada inicialmente a Arrabalde, de que se trataba de erarios públicos (García y Bellido 1999: 385), pierde buena parte de su fuerza cuando, como sucede en el propio Arrabalde (con dos tesoros), en Padilla de Duero (tres), en Roa (dos) o en la misma Palencia, la riqueza aparece repartida en varios escondrijos diferentes (Esparza 1999: 110-112). A conside-

rar, en todo caso, como referencia de valor, que la paga de un legionario en el siglo I a.C., después de la decisión de César de doblarla, era de 225 denarios anuales (López Barja y Lomas Salmonte 2004: 220)⁶.

SOBRE LA FECHA, MÓVILES Y CIRCUNSTANCIAS EN QUE PUDO PRODUCIRSE LA OCULTACIÓN DE LOS TESOROS

El planteamiento tradicional

La vaccea *Pallantia* fue, según Apiano (*Ib.* 55), “ciudad de gran valor y opulencia”, fama en el primer caso bien ganada por su dura oposición a las legiones romanas: en el año 151 a.C. las tropas de Lúculo que la asediaban sufrieron el azote de los jinetes palentinos. Catorce años después Lépido y Bruto sufrieron un nuevo revés ante sus puertas en el que murieron miles de soldados romanos. Y en el 134 Escipión, justo en vísperas de acabar con la resistencia de Numancia, a duras penas consiguió mantener a raya a la caballería palentina que con insistencia le hostigaba en la llanura de Coplanio (Wattenberg 1959: 35-38).

De acuerdo con las teorías al uso que relacionan atesoramientos e inseguridad, y que se apoyan en testimonios históricos de sobra conocidos —en el asedio de Sagunto Aníbal exige la entrega de todo el oro y la plata de la ciudad (Livio 25, 14-15), y en la andaluza Astapa, los romanos se esfuerzan en recuperar de las llamas las joyas que los sitiados, antes de suicidarse, han arrojado al fuego (Liv. 28, 23,3; App. *Ib.* 33)—, bien podría haber sido cualquiera de los antes citados acontecimientos el factor determinante de la ocultación de los tesoros de Palencia. Sin embargo los denarios que nada raramente acompañan a tesoros similares a los nuestros en otros puntos de la Meseta denotan que se trata de tesoros posteriores, ya del siglo I a.C., que en el caso de los zamoranos de Arrabalde y Ramallas, incluso llegan a los momentos finales de la guerra contra los astures (Esparza 1983: 44).

Como las fechas de acuñación de las monedas de Palencia 3, todas ellas de cecas indígenas (*Sekobirikes*, *Turiasu*, *Arekoratas* y *Arsaos*), son ambiguas y poco ayudan en el empeño de datar su

ocultación, se ha acudido con frecuencia a otro tesoro de la provincia de Palencia, el de Palenzuela, constituido por sólo numerario de plata, esto es, sin joyas, en el que, junto a 2628 denarios ibéricos (1072 de *Sekobirikes*, 839 de *Turiasu*, 359 de *Baskunes*, 151 de *Bolskan*, 106 de *Arsaos*, 87 de *Arekoratas* y 13 de otras cecas), están presentes otros 16 de la República romana (Monteverde, 1947). Dado que los más modernos de estos últimos fueron acuñados bajo el consulado de C. Egnatius entre el 73 y el 72 a.C., es absolutamente irrefutable que la ocultación del tesoro se produjo con posterioridad a dicha fecha, lo cual plantea la posibilidad de que los acontecimientos militares que indujeron a realizarla guardaran relación con las Guerras Sertorianas (82-72 a.C.).

Es sabido que el escenario de éstas se trasladó a la Celtiberia a partir del año 75 y, más concretamente, que *Pallantia*, partidaria de Sertorio, levantado en armas en Hispania contra la dictadura de Sila, padeció una vez más el asedio de las legiones ahora mandadas por Pompeyo, ante las que hubiera sucumbido —sus murallas de adobe y madera ya habían sido pasto del fuego— de no mediar la ayuda del propio Sertorio que forzó la huida de las tropas sitiadoras (Wattenberg 1959: 41-42). He aquí los argumentos y el escenario histórico habitualmente invocados a la hora de interpretar ya no solo los tesoros de Palencia, sino también otros del valle medio del Duero como los de Roa, Padilla de Duero, Pinilla Trasmonte o el propio de Palenzuela (Raddatz 1969: 51-53; Gozalbes 1997: 289). Bien es cierto que tampoco se puede descartar la sublevación vaccea del 56 a.C., por más que Wattenberg fuera partidario de limitar las operaciones de Cecilio Metelo Nepote al sur del Duero (Amela Valverde, 2002).

Objeciones al planteamiento tradicional

Pero la mencionada teoría no deja de presentar problemas. Puede encajar en el caso del tesoro 2 —del Cerro de la Miranda— al haberse ocultado en un punto muy próximo a zona de asentamiento en el que se registran en superficie materiales claramente celtibéricos o vacceos. Podría defenderse también para el tesoro 1, a pesar de la ausencia de contexto arqueológico con el que relacionarlo (el hallazgo se produjo junto



Conjunto de joyas de Palencia 3 procedentes de la colección L. Carlón (Fotografía: Museo de Palencia).

al río Carrión, a dos kilómetros y medio del yacimiento prerromano más próximo, que es nada menos que El Pico del Tesoro). Por otro lado, y con respecto a esta ocultación, podríamos incluso plantearnos un carácter votivo, la posibilidad de una ofrenda a las ninfas de las aguas del Carrión.

Sin embargo, en el caso del tesoro 3 encontramos dificultades para defender la ocultación en momentos sertorianos. Como ya apuntamos al principio, éste apareció en el solar que ocupa el actual colegio de las religiosas Filipenses, en el interior de la ciudad romana de *Pallantia*, dándose el caso de que en la multitud de excavaciones arqueológicas efectuadas en las últimas décadas en ella jamás se han registrado niveles arqueológicos asimilables a esa fecha. Los niveles que Palol documentara como de los siglos II y I a.C., localizados junto a la portada occidental de la Catedral en la década de los sesenta del siglo pasado, han sido revisados y se reivindica ahora para ellos una cronología más tardía (Balado y Martínez, 2009: 319) similar a la propuesta en otras excavaciones para la fase de ocupación inicial de la ciudad palentina: principios de la Era, según algunos (Pérez Rodríguez *et al.* 1995: 351-354), y momentos más

cercanos a la mitad de dicho siglo, en opinión de otros (Balado y Martínez, 2009: 323). En este sentido, la existencia de la tésera de hospitalidad de Paredes de Nava firmada entre un Intercatiense y la *civitas palantina* durante el decimotercer consulado de Augusto—año 2 a.C.—, y la cronología, también de principios de nuestra Era, de una tumba de la necrópolis de Eras del Bosque (Amo de la Hera, 1992: 193), avalarían la cronología más temprana para los niveles más antiguos de Palencia. Serían, pues, estos niveles, los más antiguos documentados en la *Pallantia* romana, en los que habría que situar el contexto de las dos vasijas cerámicas que contenían las joyas y denarios que conforman el tesoro 3 de Palencia o de las Filipenses.

Si se admiten estos argumentos de carácter estrictamente estratigráfico, debería considerarse, por tanto, una ocultación del tesoro a comienzos del siglo I, y ello abriría nuevos interrogantes sobre los protagonistas, sobre su lugar de residencia y sobre los motivos que les incitaron a realizar el atesoramiento. Demasiadas incógnitas, sin duda, para que puedan ser abordadas en este mismo trabajo.

Bibliografía

- ÁLAMO MARTÍNEZ, C. (2008): “La colección de orfebrería de la Hispanic Society of America”, en Catálogo de la exposición *El tesoro arqueológico de La Hispanic Society of America*: pp. 337-355.
- ALMAGRO BASCH, M. (1960a): “Pendiente y fíbula de oro del depósito de alhajas de las monjas filipenses, de Palencia”, en *Museo Arqueológico Nacional. Adquisiciones de 1955 a 1957, Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales*, XVI-XVIII: pp. 31-33.
- (1960b): “Joyas del depósito del Cerro de la Miranda, de Palencia”, en *Museo Arqueológico Nacional. Adquisiciones de 1955 a 1957, Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales*, XVI-XVIII: pp. 33-49.
- AMO DE LA HERA, M. (1992): “Una tumba perteneciente a la necrópolis de Eras de Bosque (Palencia)”, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LVIII: pp. 169-212.
- BALADO PACHÓN, A. y MARTÍNEZ GARCÍA, A.B. (2009): “Excavaciones arqueológicas en la Capilla de los Reyes de la Catedral de Palencia: nuevos datos sobre el origen de la *Pallantia* romana”, *Sautuola*, XV: pp. 311-326.
- BARRIL VICENTE, M. (2002): “Los torques de plata más representativos en el Museo Arqueológico Nacional”, en A. Rodero y

- M. Barril (coords.) *Torques, belleza y Poder*, Madrid: pp. 111-128.
- AMELA VALVERDE, L. (2002): "La sublevación vaccea del año 56 A.C.", *Gallaecia*, 21: pp. 269-285.
- CABRÉ AGUILÓ, J. (1927): "El tesoro de Chao de Lamas", *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, 6: pp. 263-289.
- (1934): "Guerreros indígenas de la Edad del Hierro, de la Península Ibérica, con pendientes de oro", *Revista Las Ciencias*, I: pp. 353-358.
- CASTRO PÉREZ, L. (1998): *Sacred Torcs: Prehistory and Archaeology of a Symbol*, Pentland Press, Edinburgh.
- CRAWFORD, M. H. (1974): *Roman Republican Coinage*, Cambridge University Press, Cambridge.
- CUESTA GÓMEZ, J. F., DELIBES DE CASTRO, G. y ESPARZA ARROYO, A. (2010): "¿Existe una joyería vaccea?", en F. Romero y C. Sanz (eds.): *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*, Vaccea Monografías, IV, Valladolid: pp. 397-435.
- DELIBES, G. (2002): "El tesorillo de Las Motas (San Martín de Torres, León), nuevo documento de orfebrería en el territorio astur meridional", en M.A. de Blas y A. Villa (coords.): *Los poblados fortificados del noroeste de la Península Ibérica: Formación y desarrollo de la Cultura Castreña*, Parque de Navia, Navia: pp. 211-224.
- DELIBES, G. y ESPARZA, A. (1989): "Los tesoros prerromanos de la Meseta Norte y la orfebrería celtibérica", en VVAA: *El oro en la España prerromana*, Número Extraordinario de *Revista de Arqueología*, Madrid: pp. 108-129.
- DELIBES, G., ESPARZA, A., MARTÍN VALLS, R. y SANZ, C. (1993): "Tesoros celtibéricos de Padilla de Duero", en F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (coords.): *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Junta de Castilla y León, Valladolid: pp. 397-470.
- ESPARZA ARROYO, A. (1983): "Joyas celtibéricas de Zamora en el Museo Británico", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 11: pp. 39-45.
- (1999): "Economía de la Meseta Prerromana" en *Estudios de Economía Antigua en la Península Ibérica. Nuevas aportaciones*, *Studia Historica. Historia Antigua*, 17: pp. 87-123.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F. (1995): "El tesoro turdetano de Mairena del Alcor (Sevilla)", *Trabajos de Prehistoria*, 42: pp. 149-194.
- GARCÍA Y BELLIDO, M. P. (1999): "Sistemas metalúrgicos, monedas y desarrollo económico", en F. Burillo Mozota (coord.): *IV Simposio sobre los celtíberos. Economía. Homenaje a José Luis Argente*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza: pp. 363-385.
- GOZALBES FERNÁNDEZ DE PALENCIA, M. (1997): "Los denarios ibéricos del tesoro de las Filipenses (Palencia)", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXIII: pp. 279-295.
- JAEGGI, O. (2004): "Vajillas de plata iberohelenísticas", en R. Olmos y P. Rouillard (eds.): *La vajilla ibérica en época helenística (siglos IV-III al cambio de Era)*, Colección Casa de Velázquez, Madrid: pp. 49-61.
- LÓPEZ BARJA, P. y LOMAS SALMONTE, F. J. (2004): *Historia de Roma*, Akal Textos, Madrid.
- MARTÍN VALLS, R. (1990): "Los *sympula* celtibéricos", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXI: pp. 144-169.
- MONTEVERDE, J. L. (1947): "Notas sobre el tesorillo de Palenzuela", *Archivo Español de Arqueología*, XX (46): pp. 61-68.
- OTERO MORÁN, P. (2002): "Las monedas del tesoro del Cerro de la Miranda", ficha en catálogo de exposición, en A. Rodero y M. Barril (coords.) *Torques, belleza y Poder*, Madrid: p. 269.
- PAPI RODES, C. y BALMASEDA MUNCHARAZ, L.J. (2008): "Sobre arqueología y anticuarios hispanos en el segundo tercio del siglo XX: Juan Rodríguez de Mora y sus ventas al Museo Arqueológico Nacional a través de la documentación", *Memorias de la Sociedad Española de Historia de la Arqueología*, I: pp. 85-98.
- PÉREZ RODRÍGUEZ, F. J., ABARQUERO MORAS, F. J. y DELIBES DE CASTRO, G. (e.p.): "Tecnología y modus operandi en la confección del famoso broche de oro prerromano, rematado en cabecita de caballo, de Saldaña (Palencia). Un nuevo manuscrito inédito del Coronel Villegas, en *Homenaje a Javier Cortes Álvarez de Miranda*, Sautuola.
- PÉREZ RODRÍGUEZ, F. J., CONTRERAS, G., GARCÍA SANZ, J., MARTÍN CARBAJO, M. y MISIEGO, J. (1995): "Nuevos datos sobre la *Pallantia* romana. La estratigrafía del solar nº 1 de la calle Pedro Romero de Palencia", *Actas del III Congreso de Historia de Palencia*, t. I: pp. 341-364.
- RADDATZ, K. (1969): *Die Schatzfunde des Iberischen Halbinseln vom Ende des dritten bis zur Mitte des ersten Jahrhunderts vor Chr.*, *Madrid Forschungen*, 5, Berlín.
- ROMERO CARNICERO, F. y SANZ MÍNGUEZ, C. (2010): "Réplicas en barro de la orfebrería vaccea", en F. Romero y C. Sanz (eds.): *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*, Vaccea Monografías, IV, Valladolid: pp. 437-467.
- SAN VALERO APARISI, J. (1945): *El tesoro preimperial de plata de Drieves (Guadalajara)*, Informes y Memorias, nº 9, Ministerio de Educación Nacional, Madrid.
- (1946): "Joya de oro céltica de Saldaña", *Cuadernos de Historia Primitiva*, I (2): pp. 100-102.
- SANZ MÍNGUEZ, C. y ROMERO CARNICERO, F. (2009): "Joyas de barro vacceas", *Vaccea Anuario*, 2: pp. 55-59.
- TARACENA AGUIRRE, B. (1947): "Objetos de la necrópolis romana de Palencia", en *Adquisiciones del Museo Arqueológico Nacional (1940-1945)*, Madrid: pp. 83-104.
- VILLEGAS Y SILVA, J.M. (1957): *Tesorillo de objetos suntuarios célticos, hallado en el solar de las religiosas Filipenses de Palencia*, copia mecanografiada, inédito.
- WATTENBERG SAMPERE, F. (1959): *La Región Vaccea. Celtiberismo y romanización en el valle medio del Duero*, Bibliotheca Praehistorica Hispana, I, Instituto Español de Prehistoria, Madrid.

¹ En realidad, además del de Raddatz, existe otro trabajo sobre ellos, muy valioso por sus descripciones, por sus dibujos, por su afán de reconstruir las circunstancias de los hallazgos y por los análisis compositivos de ciertas joyas y monedas. Fue primorosamente preparado por el Coronel de la Fábrica Nacional de Armas de Palencia don José Manuel Villegas Silva (1957) y varias de sus copias circularon por los medios científicos sin que llegara a publicarse. Villegas asimismo preparó otro documento, un precoz trabajo de Arqueología Experimental, sobre la "fibula" de oro rematada en cabecita de caballo de Saldaña, el cual también permanece inédito (Pérez Rodríguez *et al.* e.p.).

² Nos referimos a la documentación conservada en la Hispanic Society of America de Nueva York, en el Legado Simón Nieto y en el Museo de Palencia; a informaciones orales de testigos que llegaron a ver las joyas del Cerro de la Miranda recién descubiertas, así como a la llegada al museo de Palencia de dos trabajos mecanografiados, fechados y firmados por el coronel Villegas.

³ Raddatz reproduce fielmente el plano de situación del hallazgo de los tres tesoros que aparece en el trabajo de Villegas de 1957. El tesoro 1 se sitúa en ambos casos en la vía férrea Palencia-León, mientras que en el texto se habla del trazado de los Ferrocarriles Secundarios de Castilla; ¿por qué Villegas cambió el punto del hallazgo en la lámina?, no lo sabemos y creo que nunca lo sabremos, pero hemos conocido aún otra copia del mismo trabajo en cuya lámina de situación de hallazgos el punto de ubicación del tesoro 1 aparece donde dice el texto que apareció.

⁴ Otras informaciones nos hablan que a finales de los años setenta un pastor de Fuentes de Valdepero conservaba 13 denarios que no hacía muchos años que los había encontrado, y que en los años ochenta, un par de clandestinos habían localizado un buen número de denarios.

⁵ Sin nuevos argumentos, no vale la pena insistir en la posibilidad de que las marcas que, como se ha visto en los tres tesoros de Palencia, aparecen sobre determinadas joyas posean un valor metalúrgico (García y Bellido 1999: 372ss)

⁶ Léase con la siguiente cautela: "el denario ibérico no era tal denario sino un valor indígena algo más pesado que el romano, elegido por los hispanos antes de la llegada de los romanos" (García y Bellido 1999: 369). La paga en denarios indígenas habría sido, pues, un número algo menor de monedas.

Francisco Javier Pérez Rodríguez
Museo de Palencia
Germán Delibes de Castro
Universidad de Valladolid